

RECONSTRUCCION DEL TEJIDO SOCIAL: UNA APUESTA POR LA PAZ

Me complace mucho que se me haya encargado la amable tarea de presentar este libro: Reconstrucción del tejido social: Una apuesta por la paz, cuya coordinación estuvo a cargo de mis hermanos jesuitas, Gabriel Mendoza Zárate y Jorge Atilano González Candia.

Las primeras líneas de la presentación que hace Alfonso Alfaro iluminan el camino por donde transitaron los pasos de la investigación realizada por el equipo de Jesuitas. El fuego que ha incendiado y destruido el tejido social de comunidades y regiones enteras de nuestra patria no surgió de la nada, no ha sido fortuito. Hay procesos, historias y factores de diversa índole, que han incidido en la gestación y en el desenlace muchas veces doloroso y sangriento, de la ruptura social en nuestras comunidades.

La descomposición social hizo erupción hace más de cuatro décadas por los efectos no calculados de una modernización que soñaron varios grupos del poder político y empresarial, y que resultó exitosa solamente para ellos y para unos cuantos de sus amigos.

El propósito de la investigación que se condensa en el libro surgió del interés de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús por identificar las causas culturales y estructurales de la delincuencia que está asolando a diversas regiones de México, y al mismo tiempo diseñar un Proyecto de Reconstrucción del Tejido Social.

El tejido social se entiende como la configuración de vínculos sociales e institucionales que favorecen la cohesión y la reproducción de la vida social.

Los factores determinantes que configuran el tejido social son de tres tipos:

- a) Comunitarios: que comprenden las relaciones de confianza y cuidado; la construcción de referentes de sentido y pertenencia y los acuerdos, por medio de los cuales se participa en las decisiones colectivas.
- b) Institucionales, que son las formas de organización social establecidas en un territorio y que se conectan con otros territorios.
- c) Estructurales: que comprenden los sistemas sociales que determinan las instituciones y las relaciones sociales.

Como muy bien dicen los autores, la motivación última de la investigación que realizaron en catorce barrios en situación crítica, fue aportar líneas de acción para orientar la intervención social en diversos contextos campesinos, indígenas, urbanos y suburbanos. Estas poblaciones se hallan en zonas donde la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús ha venido ejerciendo su labor de acompañamiento y servicio pastoral al pueblo de Dios.

El análisis realizado en estos contextos asume que una de las causales profundas de la violencia y de la delincuencia es el deterioro del tejido social, el cual se manifiesta en las transformaciones que han experimentado los vínculos sociales, los referentes de identidad

comunitaria y la capacidad para tomar acuerdos y lograr consensos en las comunidades. El análisis abarca el periodo de 1990 a 2015.

La reconstrucción del tejido social es una apuesta por la paz. Esta no consiste solamente en la supresión de la conflictividad social, sino que es el resultado de todo un proceso de reconstrucción y reconstitución social, cuyos ingredientes son el restablecimiento de los vínculos comunitarios rotos y la creación de condiciones culturales, ambientales y estructurales para la buena convivencia. La paz es fruto del bien convivir en justicia, así como de la seguridad y cuidado de los demás y del entorno, es decir, del medio ambiente.

Desde mi punto de vista resulta muy interesante la concepción de conflicto que se asume en el relato de la investigación, porque no se le da una connotación peyorativa sino incluso una posibilidad de cambios positivos. Un conflicto no implica solamente la oposición de las partes involucradas en el mismo, sino también la cooperación para superarlo. Todo depende de cómo se le trate y se le regule.

El esquema de análisis del conflicto abarca tres ingredientes: la historia del conflicto, (cultura y estructura del contexto social); el epicentro del conflicto (el patrón de relaciones); y el episodio (los problemas emergentes en la comunidad).

El capítulo III, en el que se hace una lectura transversal de los determinantes comunitarios del tejido social en cada contexto, es sumamente revelador del proceso de fragmentación de los vínculos sociales, y de la fragilidad de las instituciones familiares, sociales y políticas para resolver los conflictos.

Resulta interesante constatar cómo la mejoría en la calidad de vida material ha repercutido directamente en la reducción del tiempo destinado anteriormente a la convivencia familiar y barrial, pero al mismo tiempo ha menguado la calidad de vida social. Incluso las Comunidades eclesiales de Base han dejado de ser una referencia comunitaria en el vecindario e incluso algunos miembros de las mismas han sido presa del clientelismo político. Las fiestas religiosas que solían ser eventos de cooperación vecinal y celebraciones de integración social se han mercantilizado y ya no cumplen con esa función. Y las políticas clientelares de los partidos políticos han parcializado la organización social y han debilitado los lazos de solidaridad en las comunidades.

La conflictividad tiene raíces estructurales tales como el modelo de desarrollo que ha privilegiado la dimensión económica, ha incidido en la precariedad laboral, ha propiciado la desigualdad de oportunidades para el desarrollo personal y social, y no ha creado nuevos mecanismos de integración social.

En la historia del conflicto aparecen dos tipos de elementos que inciden y conforman el epicentro del mismo:

- a) Los culturales, que se manifiestan en una espiritualidad individualista, una valoración social desde la capacidad de consumo, una actitud de pesimismo frente

a la impunidad del crimen organizado y un aislamiento físico y psicológico que produce una actitud de indiferencia entre vecinos.

- b) Los estructurales, que han sido impuestos desde fuera de las comunidades, por una serie de políticas económicas y sociales auspiciadas y alentadas por los gobernantes de México. Destacan: un modelo de desarrollo centrado en la acumulación económica; un proceso de industrialización y urbanización aparejado a dicho modelo; las reformas estructurales que afectaron la rentabilidad del campo durante el periodo 1988-1994, y causaron la precariedad de las comunidades campesinas; y la dependencia de los programas asistenciales del gobierno, y por ende, la cancelación de la actividad agrícola que mantenía viva la sustentabilidad de las comunidades rurales.

Todos estos elementos han causado un desorden en la urdimbre del tejido social y han provocado una multitud de conflictos en las relaciones familiares, en la concertación de acuerdos comunitarios y en las formas de relación con la tierra, principalmente en las poblaciones indígenas. Esto no obstante, todavía las fiestas religiosas constituyen una forma muy importante de resistencia cultural entre los pueblos indígenas.

Finalmente, los autores nos presentan las líneas generales de un Programa de Reconstrucción del Tejido Social que tiene como horizonte la utopía política del Buen Convivir. Este tiene como cimientos los encuentros comunitarios, el sentido de vida y la relación con el mundo. Se trata de un proceso comunitario y sus concreciones solo pueden ser definidas por la propia comunidad, y tiene como referente principal la ética del cuidado. Por cierto, en las tres últimas décadas, varios proyectos de investigación-acción participativa enmarcados en la metodología de la Educación Popular habían ya roturado algunas brechas en este sentido, aun cuando las comunidades en las que se desarrollaron dichos proyectos todavía no sufrían los embates violentos del crimen y los efectos severos de la descomposición del tejido social.

Las claves del buen convivir son: una espiritualidad eco-comunitaria contraria a una concepción mercantilista de la vida; la reconciliación familiar que provea de un apoyo afectivo y efectivo para el desarrollo integral de todos los integrantes de la familia; y una educación para el buen convivir. Esta comprendería la construcción de un proyecto a partir de un diagnóstico participativo sobre la situación de la convivencia escolar y su entorno; la socialización de este proyecto y la realización de asambleas con padres de familia, vecinos y autoridades comunitarias, para desarrollar la cultura del cuidado de la creación y de las personas, y así propiciar actitudes de inclusión, solidaridad y respeto.

El Buen Convivir implica también la organización política de un gobierno comunitario y la puesta en práctica de una economía social y solidaria.

En conclusión, resulta evidente que las medidas adoptadas e implementadas por los tres niveles de gobierno en México, sobre todo a nivel federal, son todo lo contrario respecto de la concepción, el análisis y las vías de solución del conflicto propuestas por los autores de este libro.

Ojalá que las luces encendidas por esta investigación iluminen los pasos de todas las comunidades y organizaciones civiles que trabajan asiduamente para que la paz con dignidad y la justicia con solidaridad vuelvan a tejer los hilos rotos del manto de la patria mexicana.

En todo amar y servir

2 de junio, 2016

José Teódulo Guzmán A., S J